



CATEQUESIS 12

***TE SEGUIRÉ, SEÑOR,
A DONDE QUIERA QUE VAYAS***

Saludo: En esta catequesis vamos a renovar nuestro empeño de seguir al Señor de una manera más firme y definitiva. Digamos con fe: "Te seguiré, Señor, a donde quiera que vayas". Que, para esta opción de vida, Dios nos dé perseverancia, nos permita caminar con los hermanos y nos haga testigos de su amor. Participemos.

Acogida - Signo e interacción: Disposición humana para el tema.

Preparación: Imaginemos que vamos a emprender un viaje (al estilo antiguo y necesitamos poner en nuestro maletín las cosas materiales que nos pueden servir: mapa, brújula, alimento, bastón, lámpara, medicina e instrumento de comunicación. También podemos pensar en una persona para que sea nuestra compañía en el viaje. Aunque el Señor nos da a entender en su evangelio que para seguirlo no debemos llevar nada, pensemos que lo que vamos a llevar, no las cosas en si mismas, sino lo que estas simbolizan, por eso preguntémonos: ¿En el seguimiento de Cristo, con que relacionaríamos cada elemento?

Oración Inicial:

Señor Jesús, de todo corazón te damos gracias por el maravilloso anuncio que hemos escuchado y que se ha desplegado ante nuestros ojos. Te alabamos y quisiéramos dedicarnos a Ti con todas nuestras fuerzas para ponernos a tu disposición, para amarte y servirte mejor. Concédenos esta gracia que sólo Tú puedes dar y haz que nuestro encuentro de hoy toque las fibras más íntimas de nuestro ser. Tú, que vives y reinas con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios por los siglos de los siglos. Amén.

PRIMERA PARTE: LLAMADA

1. ANUNCIO - *Te seguiré señor, a donde quiera que vayas*

Metodología: Se organizan los asistentes en cuatro grupos. Cada grupo ojalá pueda tener la compañía de un catequista o misionero. Cada grupo toma un punto del anuncio y responde las preguntas que le corresponde guiándose por las letras que se pusieron en cada párrafo.

Preguntas para cada grupo:

- a. ¿Qué logramos con la contemplación del misterio de Dios?
- b. ¿Qué implica haber recibido el regalo del evangelio?
- c. ¿Qué camino o procesos debemos seguir para madurar en la fe?
- a. ¿Quién nos conduce a Cristo y de qué manera lo hace?



- b. ¿Cuándo recibimos a Cristo, que obras se realizan en nosotros?
- c. En una palabra, el que se entrega a Cristo, debe entregar _____
- a. ¿En qué consiste la nueva vida que Cristo nos da?
- b. ¿Por qué la salvación es un regalo de Dios?
- c. ¿Cómo nos santifica Cristo?
- a. Creer y decir sí, es el ejemplo de los santos ¿Cuáles podemos recordar?
- b. ¿Por qué el seguidor de Cristo debe ser feliz y tener los pies sobre la tierra?
- c. ¿Qué es la vida eterna?

2. ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES (IGLESIA)

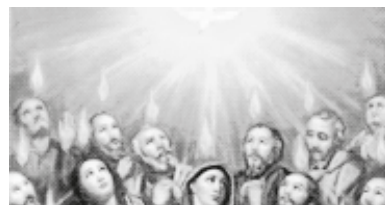
- *Ponernos en camino*

La noticia extraordinariamente bella que hemos recibido es decir, "el Evangelio" llama algo más que la atención. Hemos sido testigos de un misterio que se despliega ante nuestros ojos por la contemplación real de lo que la Palabra de Dios revela con total objetividad. Eso, que llamamos "misterio", aunque ciertamente desborda la humana comprensión, se hace objeto o contenido de la fe, además de ser, como ya lo hemos constatado, la experiencia personal más enriquecedora del mundo. Y precisamente porque este es el regalo que estamos recibiendo, también es importante notar que lo recibimos con una llamada. Nuestros corazones han ardido mientras escuchamos lo que Dios tiene que decirnos. Pero también ha sido encendido el deseo de estar con Jesús, de hacerlo conocer a otros. Este proceso que hemos iniciado tiene su propio CAMINO y es el que la Iglesia, desde sus orígenes, ha ofrecido a todos los que llegan a la fe. Se trata de otro gran regalo de Dios y se presenta como un proceso necesario para que nuestra fe, ahora inicial y esos deseos que ahora experimentamos, lleguen a una madurez suficiente.



- *Jesús es el señor*

El Espíritu Santo que se nos ha dado en el Bautismo (y, quizá para la mayoría, en la Confirmación), el que ha sido derramado sobre la humanidad entera por el sacrificio pascual de Cristo, es decir, por su muerte y su resurrección, es quien nos conduce ahora. Si uno tiene deseos de estar con Cristo, de amarlo y de servirlo es porque ya tiene ese Espíritu que Dios derrama generoso sobre toda carne, (Joel 3,1), de acuerdo con su promesa. Pero la acción del Espíritu Santo nos hace reconocer que Jesús es EL SEÑOR. En efecto nadie puede decir: "Jesús es Señor!" sino con el Espíritu Santo (Corintios 12, 3h). Y las consecuencias no son pequeñas, como ya lo habíamos escuchado del mismo Dios: porque, si profesas con tus labios que Jesús es Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo (Romanos 10,9).



Cuando uno reconoce, acepta, confiesa y proclama a Jesús como SEÑOR pasan cosas muy grandes. En primer lugar, se confirma el regalo que nos hace el Espíritu Santo, como acabamos de ver, porque solo puede afirmar esta gran verdad quien tiene el Espíritu de Dios. En segundo lugar, hacemos una verdadera "profesión de fe", que sólo puede proceder de la sinceridad de un corazón que así lo siente, así lo sabe y así lo cree. Pero lo más hermoso es lo que necesariamente ocurre a nivel práctico.

Efectivamente, como uno se debe íntegramente a Aquél que reconoce como Señor, quien confiesa el señorío" de Jesús pone toda su persona a su servicio: sus pensamientos, sus palabras, sus obras, su cuerpo y su alma; su sexualidad, su afectividad y su intimidad; sus bienes y su dinero; sus posibilidades, sus aficiones, sus aptitudes y sus cualidades; sus logros, sus títulos y sus relaciones más preciosas; su tiempo, su historia personal y hasta su eternidad. Todo queda ordenado al servicio del Señor. Esto quiere decir que todo lo que está sujeto al señorío", o al "gobierno de Jesús, es rectamente ordenado y lo que no lo está, está en flagrante, destructivo y triste desorden.

Comencemos por dedicar un gran espacio de tiempo a meditar sobre lo que es nuestro, para que se vuelva "Suyo y hagámoslo de manera tan consciente y libre, que de verdad experimentemos lo que es SER DE CRISTO SEÑOR. Esta será la única manera real de comprender lo que es el Reino de Dios" del que tanto oiremos hablar.

- *El Reino de la gracia*

Jesús vive eternamente, y con su muerte y resurrección ha hecho posible que nosotros podamos vivir una forma de existencia nueva ante Dios. Él se ha hecho nuestro hermano para que nosotros también compartamos con la nueva condición de ser "hijos de Dios. Para lograr esto no basta con la simple aceptación de esta verdad, es necesario dejarnos inundar por Él y, de esta manera, ser revestidos de una nueva vida que llega a nosotros por la fe y por el Bautismo y los demás sacramentos.



Acceder a la salvación que Cristo nos trajo es, al mismo tiempo, un regalo que nos viene gratuitamente de Dios: Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor. Él nos ha destinado en Jesucristo según el beneplácito de su voluntad a ser sus hijos... (Efesios 1.4-5)... como también fruto de nuestra adhesión obediente y confesión libre y personal: Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó (1 Juan 3,23). Vivir en el reino de la gracia es experimentar que Jesús Resucitado nos santifica constantemente con su presencia, por medio de la fe y de los sacramentos. Y nosotros, si así lo queremos, aceptamos su invitación proclamando con nuestros labios la fe que tenemos en el único "Hijo de Dios que nos amó y se entregó por nosotros (Gal 2,20).

- *Seguirlo a Él hasta la casa paterna*

Con ocasión de la resurrección temporal de Lázaro, el amigo de Jesús, el Señor le aseguró a Marta que, si uno cree, podrá ver hasta la gloria de Dios (Jn 11,40).

Y eso es verdad. Lo atestiguan Pedro y Pablo, Juan y Santiago, María Magdalena y Marta, Inés, Cecilia y Agustín, Martín, Francisco y Domingo, Ignacio, Teresa, Marianito, Laura y Juan Pablo, que son apenas una ínfima parte de los nombres de quienes en estos momentos están gozando la plenitud de la bienaventuranza en el cielo por haberle dicho "sí" en la tierra al llamado amoroso de Dios Padre. Se pusieron en contacto con Él en la tierra y lo siguieron hasta esa dichosa morada en la cual nos han preparado un lugar (Jn 14, 1-3). Nosotros debemos estar plenamente convencidos de que somos llamados por Dios, también como ellos, a la eternidad.



Dios no nos quiere simplemente felices, sino plenamente felices. Y la plenitud verdadera sólo la podemos encontrar en quien no cesa de derramar su amor sobre nosotros. Cuando el cristiano afirma que tiene una morada en el cielo, no está manifestando ningún tipo de inconformidad con el mundo presente. El verdadero cristiano no vive en las nubes, ni se resigna a no poner su empeño en las cosas de la tierra. Optar por Jesús, aceptar su Palabra y conocer su voluntad, nos debe conducir a mantener nuestros pies fijos en la tierra, dando un testimonio real y concreto al mundo de la esperanza verdadera que nos ha salvado y del amor divino que nunca nos ha abandonado. Sin embargo, nuestro corazón debe estar puesto en el Cielo, en el Dios que espera amorosamente que salgamos a su encuentro ahora y al final de nuestra vida terrenal.

Jesús ha vencido la muerte y, por lo tanto, para los que creen verdaderamente en Él, la muerte física no tiene nunca la última palabra. Somos llamados a vivir eternamente y Jesús nos ha abierto esa posibilidad a todos. Dios, en Cristo, por su resurrección, nos asegura en la esperanza de la vida eterna. Una vida que está reservada para todos y en la que encontraremos la plenitud y la felicidad que en nuestro mundo aparece ante nuestros ojos apenas en figura. El abrazo del amor eterno de Dios, ese amor que no tiene reservas, ese amor que no tiene límites está preparado para cada uno de nosotros si decidimos aceptarlo. ¿Quieres tú vivir eternamente en los brazos amorosos de Dios? ¿Te atreves a dar el primer paso hacia Él en este momento?



SEGUNDA PARTE: RESPUESTA

1. La palabra resuena - ecos del anuncio - trabajo personal.

El trabajo de hoy es un ejercicio sobre "el Señorío de Jesús". Hoy harás entrega efectiva, real y completa de todas las dimensiones de tu vida a Jesús, repasándolas una por una. Asegúrate de entender que Él es Señor y que, por lo tanto, gobierna realmente sobre cada una de esas dimensiones: Él tiene el dominio" sobre todo. Y en el mismo acto, asegúrate de comprender que todo lo tuyo es del Señor porque Él te ha dado todo lo suyo. ¿No es admirable que Él haya tomado de ti la muerte, que era tuya, para darte la vida, que es de Él? Dáselo todo con generosidad. Con Él nadie se empobrece. Y hazlo paso por paso, poniendo amor sincero cuando le entregues todo: tus pensamientos, tus palabras, tus obras; tu cuerpo y tu alma; tu sexualidad, tu afectividad y tu intimidad; tus bienes y tu dinero; tus posibilidades, tus aficiones, tus aptitudes y tus cualidades: tus logros, tus títulos y tus relaciones más preciosas; tu tiempo, tu historia personal y hasta la eternidad; lo que más te gusta y no quisieras dejar y lo que más te molesta y no quisieras admitir.

2. La palabra se comparte - dialoguemos

Y, posteriormente, en grupo, se resuelve lo que sigue:

- ¿Cómo se puede hacer que Jesús sea realmente SEÑOR en toda nuestra existencia y en nuestra historia?, de la política y la economía?

¿en la educación y en la cultura? Seguro que el grupo puede descubrir varios caminos concretos.

- Mediante una "lluvia de ideas" enumeren, entre todos, varias dimensiones del gran anuncio "Evangelio" de la salvación y digan por qué ese hecho a esa realidad es una grata noticia

- Confiesa, ahora, delante de todos los hermanos reunidos que Jesús es tu Señor y que lo quieres amar y servir todos los días de tu vida.

Para hacerlo, asegúrate de emplear toda tu verdad y toda tu sinceridad.

3. La palabra en la Iglesia - confesión de fe

SEÑOR JESUCRISTO CREO EN TI, CONFÍO EN TI Y ESPERO EN TI

Creo que tú eres Dios y que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo

Creo que Tu eres Señor de la gloria Cor 2,8

Señor de la vida Hch 3,15 Señor de todos. Hch 10,36

Señor de vivos y muertos. Rm 14.9 Fuerza salvadora de Dios. Rm 1,16

Estas lleno del poder del Espíritu Santo. Lc 4.14 Sostienes el universo valiéndote de tu palabra poderosa. Heb 13. Eres para nosotros sabiduría, fuerza santificadora y liberadora. 1Cor 1,30 Solo tu fuerte como un león y tierno como un brote, eres capaz de abrir el libro de la vida. Ap. 55.



Has muerto por todos, para que los que vivimos, no vivamos ya para nosotros mismos, sino para ti, que por nosotros has muerto y resucitado. 2 Cor 5,14-15 Se te ha dado plena autoridad en el cielo y en la tierra. Mt 28,18. Todo fue hecho por medio de ti y para ti. Col 1, 16-17. Eres poder y sabiduría de Dios 1 Cor 1,24. Nada queda fuera de tu dominio. Heb 2,8 Eres el primero y el ultimo, principio y fin. Ap 22,23. El Primogénito de Dios. Heb 1,15.

El Fiel y Verdadero, el Amén de Dios. Ap 19,113,14. El que nos ama. Ap 15. El primero de todo lo que existe. Col 1,15. La piedra fundamental. Heb 4, 11. El primogénito de toda creación. Col 1.35 El primer nacido de entre los muertos. Col 1,18. Eres el Hijo del Altísimo. Le1.32. Hijo amado. Mt 3,17. Plenitud de Dios. Col 2,9. Jesús nos pregunta: Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo (Mateo 16, 15)

4. *Comunión y misión - compromisos.*

- Repasar el ejercicio de entregar todo lo mío a Jesús para que Él sea el Señor de todo, repitiendo con más y más intensidad lo que siento que me aparta de Él y más trabajo me cuesta entregar.
- Voy a orar (acudir al retiro) y a pedir a mi párroco, o a su representante, la gracia de ser admitido en el camino que sigue porque quiero, con toda mi alma, llevar esta fe que ahora tengo y mis deseos de conversación, a su madurez.

Oración final:

Toma, Señor, y recibe toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad; todo haber y mi poseer. Tú me lo diste, a ti, Señor, lo retorno. Todo es tuyo: dispone de ello según tu voluntad. Dame tu amor y gracia, que éstos me bastan. Amén.

